

Homilía de la toma de posesión de la diócesis de Trujillo

Mons. C. Oswaldo Azuaje P. OCD

Trujillo, 9 de junio

La historia de esta dinámica iglesia trujillana retoma con nuevo palpito su ritmo en este día de hoy, 9 de junio, en que tomo posesión como el cuarto obispo diocesano de Trujillo, bajo la mirada y protección de Santa María de la Paz, en esta capital del estado que remonta en sus memorias gestas gloriosas que arrancan con su fundación colonial, múltiple en sus ubicaciones, hasta llamarla “ciudad portátil”, y perseverante hasta el presente.

Son bastante conocidas las expresiones de San Agustín, gran padre de la Iglesia, que quiero hacer mías: “si por un lado me aterroriza lo que soy para ustedes, por otro me consuela lo que soy con ustedes. Soy obispo para ustedes, soy cristiano con ustedes” (Sermón 340,1). Puedo decirles que vengo con temor y temblor, como diría san Pablo (cfr. Fil 2,12) porque desde que el Señor me llamó para servirle en la Iglesia como su pastor – siempre en su nombre- jamás me he considerado merecedor de tal dignidad. Me he acogido a su misericordia y me he confiado a su gracia para poder servir a mis hermanos en la Iglesia. No es muy compatible con mi modo de ser el que este momento del comienzo de mi pontificado diocesano se llame “toma de posesión”, aunque, de hecho, lo sea según nuestro lenguaje eclesial. Es más, siento que esta iglesia peregrina de Trujillo, este pueblo de Dios toma posesión de mí y me adopta como un padre, un pastor, un amigo, un testigo del Señor Jesucristo, muerto y resucitado. Es decir, a partir de hoy soy un trujillano entre los trujillanos.

Mi familia: mis papás y mis cinco hermanos son elemento clave a la hora de entenderme y abrirme a la vida. Allí se forjaron los primeros valores que me hicieron y que hoy agradezco al Señor. La familia es el crisol del futuro de toda sociedad humana. Hoy me acompañan papá desde el cielo, mamá aquí presente, mis hermanos, algunos espiritualmente y otros a mi lado. ¡Qué hermosa es la familia unida en el amor y en la fe!

¡Qué hermosos los pies de los mensajeros que anuncian hoy el valor insustituible de la familia!

A mis sesenta años llego a echar raíces en la montaña, cobijado por sus cielos azules, muchas veces nubosos, arrullado por sus aguas fluviales y lacustres. No renuncio a la visión que me asoma, desde las altas cumbres, al cálido lago junto al que nací. Me es familiar el paisaje andino que de niño y adolescente contemplé en Mérida, escalando imaginariamente montañas, corriendo por valles, soñando paisajes de verde y nieve.

Siendo muy joven salí de mi casa con la anuencia de mis padres para formar parte de una nueva familia en la comunidad de los carmelitas descalzos. Forman parte de mi ser mis años en la vida religiosa, llenos de gentes y tierras nuevas en Europa y Centroamérica. Años de oración, estudio y servicio a la Iglesia desde mi identidad carmelitana. En el Carmelo de Santa Teresa y San Juan de la Cruz aprendí a amar, a construir comunidad de hermanos, a orar, a celebrar los sacramentos y a servir a la Iglesia donde el Señor me mandase. Pero, como nuestros pensamientos no son como los del Dios infinito que todo lo sabe y que todo lo abraza con amor, él me llamó en la plenitud de mi vida sacerdotal a ser obispo, continuador de la misión de los apóstoles. Fui nombrado por Su Santidad Benedicto XVI obispo titular de Vertara y Auxiliar de mi ciudad natal, Maracaibo. En aquellos momentos iniciales un amigo me susurró al oído la pregunta, cuando supo la noticia de que había sido nombrado obispo: ¿y cuáles son tus méritos? Le respondí entonces y seguiré respondiendo hoy: Ninguno. No hay méritos. Desde los ojos de la fe, todo es gracia y bendición.

Ahora, luego de unos años en el terruño natal marabino acompañando a su pastor, monseñor Ubaldo Santana, vuelvo a los Andes, a su gente, más canoso pero con ilusión de niño para acogerme a su gentilicio y a la proverbial bondad de sus habitantes.

Vengo a una diócesis de 55 años (celebrados recientemente), y considero necesario hacer memoria de tres hermanos obispos insignes que me precedieron y han servido a esta iglesia y a este estado: Monseñor Antonio Camargo, Monseñor José León Rojas Chaparro y Monseñor Vicente Hernández. Monseñor Antonio Ignacio Camargo Álvarez fue el primer

obispo de esta diócesis de Trujillo, erigida el 4 de junio de 1957, desgajada de la arquidiócesis de Mérida. Tomó posesión el 8 de octubre de 1957 y dirigió la diócesis hasta 1961. Monseñor José León Rojas Chaparro fue el segundo obispo de Trujillo, siendo obispo coadjutor de Mons. Camargo pasa a ser obispo titular el 13 de diciembre de 1961, día del fallecimiento del titular. El pontificado de Monseñor Camargo dura hasta su muerte el 11 de junio de 1982. Monseñor Vicente Ramón Hernández Peña, habiendo sido nombrado obispo coadjutor de Trujillo llega el 14 de marzo de 1976 a esta ciudad y, como es ley en la iglesia, pasa a ser obispo de Trujillo el mismo día de la muerte de su segundo obispo. Desde entonces y hasta la aceptación de su renuncia por motivos de edad ha sido pastor y guía de esta iglesia católica de Trujillo Monseñor Vicente Hernández Peña. Han sido casi 30 años de ininterrumpido servicio de pastor bueno e incansable, el buen obispo de pura cepa boconesa. No hace falta que se los presente porque ustedes bien conocen de la sencillez, afabilidad y fervor de Monseñor Vicente. Él seguirá acompañándome como hermano, amigo y hombre de oración.

Ahora me toca a mí tomar este relevo y espero poder ser el pastor que necesita esta iglesia en este momento. El gran proyecto de iglesia arranca de la voluntad del Señor Jesucristo, Buen Pastor. Una iglesia que no se predica a sí misma sino la Buena Noticia que reconcilia y salva, que proclama la verdad de Dios revelada en su Palabra hecha carne. Es la voluntad del fundador erigirla sobre la roca de los apóstoles, en cuya cabeza están Pedro y sus sucesores: el Papa y los obispos. La iglesia nace para evangelizar y para santificar, para salvar y reconciliar, para proclamar la justicia y la paz. Esta es la iglesia en la que nací y en la que crecí. Es la Iglesia fiel a la Palabra de Dios y a la tradición de la fe, la Iglesia del Concilio Vaticano II –que este año cumple el 50 aniversario de su comienzo-. Es la Iglesia de nuestro Concilio Plenario venezolano, celebrado al inicio de este nuevo siglo. Es la Iglesia que nos llama a ser discípulos misioneros en el documento de Aparecida, encomienda que no podremos olvidar al continuar la labor pastoral de Monseñor Vicente Hernández junto con todos los agentes de evangelización, en especial sus sacerdotes y diáconos, sus seminaristas, los religiosos y laicos comprometidos.

Esta es una tierra de una gran riqueza cultural, arraigada en el corazón de cada uno de los trujillanos que con satisfacción, cuando han tenido que emigrar, exhiben con una sonrisa el motivo de su orgullo: - mis padres vienen de Trujillo, yo nací allá, soy trujillano de corazón...- Tierra de hombres y mujeres ilustres que hoy todavía recordamos como auténticos fautores de la trujillanidad. Quiero recordar, entre tantos, al Doctor y Venerable José Gregorio Hernández (quien destaca entre todos), al Dr. Mario Briceño Iragorri (cuyo corazón reposa en esta iglesia catedral), la poetisa Ana Luisa Terán, el poeta y escritor Adriano González León, el doctor Arnoldo Gabaldón, el científico Rafael Rangel.

Al nombrar al Doctor José Gregorio Hernández soy plenamente consciente de que su canonización es todavía una asignatura pendiente. Les prometo que –desde la diócesis de Trujillo- no ahorraré esfuerzos y energías para lograr muy pronto que se consolide y llegue a feliz término el proceso canónico que certifique lo que ya es un sentimiento en el corazón de los venezolanos: que el venerable José Gregorio Hernández sea pronto el santo de los trujillanos y de los venezolanos, ejemplo de vida en su fe y entrega a Dios a través del servicio a los más pobres y necesitados de salud física y espiritual. Hombre lleno de paz, de oración y médico a la vez. En el más corto plazo esperamos cumplir con los requisitos que la iglesia requiere.

Como Pastor de esta grey sé que lo primero es evangelizar, llevar la buena noticia de Jesús y laborar por consolidar la paz y la armonía entre todos los trujillanos. Vivimos un tiempo difícil. Lo dice el Papa Benedicto: “En un tiempo en el que Dios se ha convertido para muchos en el gran Desconocido y Jesús es simplemente un gran personaje del pasado, la acción misionera no puede ser relanzada sin que renovemos la calidad de nuestra fe y nuestra oración; (...) no sabremos conquistar a los hombres para el Evangelio si no somos nosotros mismos los primeros en volver a una profunda experiencia de Dios” (Benedicto XVI a los obispos italianos, 24 mayo 2012). Palabras sabias para mí como obispo y para todos nosotros que profesamos nuestra fe católica. Hoy necesitamos obispos, sacerdotes y laicos santos. Cuento con todos y cada uno de ustedes. Especialmente, hermanos, cuento con este gran presbiterio, integrado por sacerdotes en su mayoría jóvenes, cargados de entusiasmo. Espero ser un padre, hermano y amigo. Y también espero no

defraudarles. Lo mismo puedo decir de los diáconos transitorios y permanentes. Espero mucho de nuestros seminaristas, futuro de la iglesia. También espero mucho de las religiosas y religiosos, ellos con el ejemplo de sus vidas nos recuerdan la tierra y el cielo nuevos. Espero muchísimo de este laicado que crece cada día y se forma para arraigarse en la fe. Espero de los jóvenes generosidad, apego a la verdad, alegría de vivir la fe. Espero una iglesia discípula y misionera que mire más allá de los límites geográficos.

En este contexto, ha afirmado Benedicto XVI, “no bastan nuevos métodos de anuncio evangélico o de acción pastoral para hacer que la propuesta cristiana encuentre mayor acogida”. Como señala el Concilio Vaticano II, se trata de “recomenzar desde Dios, celebrado, profesado y testimoniado. (...) Nuestra primera, verdadera y única tarea es la de comprometer nuestra vida por aquello que (...) es verdaderamente fiable, necesario y último. Los hombres viven de Dios, que a menudo buscan inconscientemente o con tanteos para dar pleno significado a la existencia. Nosotros tenemos la tarea de anunciarlo, mostrarlo, de guiar al encuentro con Él” (ib.)

Estamos cada vez más cerca de contiendas electorales en el contexto democrático de nuestra vida nacional. En Trujillo Nuestra Señora de la Paz nos bendice y nos recuerda que la paz es fruto del amor, la justicia y la solidaridad. A la Virgen le pedimos paz para nuestro país y para el mundo. En este momento electoral de Venezuela nuestro compromiso será trabajar por desterrar resentimientos, discordias, mezquindades y partidismos. La meta es construir la Venezuela de todos y para todos, velar por la democracia participativa, la solidaridad y la paz. No podremos enfrentar los problemas que nos afligen como sociedad si dejamos a un lado el mensaje del evangelio que nos llama a que “todos seamos uno” en el amor. Como san Francisco de Asís oraba, que el Señor nos haga instrumentos de su paz.

Nuestra Señora de la Paz: ruega por nosotros para que, como tú, sepamos ser constructores de la paz, que “pongamos amor donde no hay amor” (san Juan de la Cruz). Bendícenos desde lo alto para que desde aquí, desde la tierra donde hay dolor y miseria, pongamos los cimientos de una tierra nueva y un cielo nuevo (Ap. 21,1-4).